

¡NO DEPORTEN A LOS NIÑOS!

Por Scott Wright (SICAL Estados Unidos)



“Una Iglesia que no provoca crisis, un Evangelio que no inquieta, una Palabra de Dios que no levanta roncha, una Palabra de Dios que no toca el pecado concreto de la sociedad en que está anunciándose, ¿qué Evangelio es éste?”-

Mons. Romero (16 de abril, 1978)

Hay una crisis de refugiados en la frontera de Estados Unidos-México, y hay una guerra en Centroamérica contra los niños. Los que hacen la guerra son maras y narcotraficantes, policías y oficiales corruptos, cómplices con estas bandas violentas, o gobiernos sin capacidad o sin voluntad de cumplir sus obligaciones de proteger a estos niños de la violencia dirigida contra ellos.

Niños de dos a dieciocho años de edad, a veces acompañados por sus familias, hacen este viaje peligroso hacia el norte, huyendo de la violencia en Honduras, El Salvador y Guatemala, con el sueño de reunirse con sus familias en los Estados Unidos. El número de ellos puedan alcanzar a 90,000 este año, y aún más el año próximo, porque están huyendo de países con las tasas más altas de homicidios en el mundo.

Hay una clara crisis en nuestro país, Estados Unidos, porque el Congreso rehúsa hacer una reforma migratoria amplia; mientras el presidente Obama pide al Congreso aún más dinero para cerrar la frontera, y al mismo tiempo que cambien la ley que protege a estos niños, quitándoles el derecho de revisión judicial, con intención de acelerar su deportación.

Hay una crisis, sobre todo, espiritual en nuestro país. Niños sin documentación se han convertido en víctimas propiciatorias. Comunidades religiosas y personas de fe, por otro lado, han sido los primeros en responder, ofreciendo a estas familias y a estos niños albergue, y presionando al gobierno a hacer una reforma migratoria amplia. Ahora, nos están pidiendo un compromiso aún más solidario con los inmigrantes, y los que nos exigen este compromiso son los mismos niños que están huyendo del horno de la violencia en sus países de origen, cruzando la frontera para reunirse con sus familias.

En el fondo, lo que no deben hacer es esto: ¡no sacrifiquen a estos niños sobre el altar de un sistema migratorio roto, de la conveniencia política, de la falta de valentía moral! ¡No deporten a los niños! ¡Protéjanlos! Ayúdenlos a reunirse con sus familias. Den la bienvenida al forastero. Acojan a los niños. Arreglen el sistema migratorio para que las familias puedan reunirse con sus niños en riesgo. Pero no sacrifiquen a los niños, y no simulen que están haciéndoles un favor al deportarlos al horno de violencia del que están huyendo. ¿No es esto lo que nos exige el Evangelio en este momento? ¿No es esto lo que los héroes de nuestra fe nos exigen?

“Hoy se necesita mucho el cristiano activo, critico, que no acepta las condiciones sin analizarlas internamente y profundamente. Ya no queremos masas de hombres con las cuales se ha jugado tanto tiempo, queremos hombres que como higueras productivas sepan decir Sí a la justicia” – Mons. Romero (9 de marzo, 1980)

“La cobardía pregunta: ¿hay riesgo? La conveniencia pregunta: ¿es políticamente aceptable? La vanidad pregunta: ¿nos hace bien? Pero la conciencia pregunta: ¿es justo? Porque vendrá un día en que uno tendrá que comprometerse sin cobardía, sin conveniencia, sin aparentar, y tendrá que arriesgarse simplemente porque es justo” – Martin Luther King, Jr.

Hay muchas razones para esta crisis que tiene raíces políticas y económicas sembradas hace décadas y generaciones: el apoyo estadounidense a las dictaduras militares que asesinaron a cientos de miles de personas; tratados de libre comercio que marginaron a miles campesinos, empobreciéndolos aún más y forzándolos a emigrar para poder sobrevivir; apoyo a un golpe militar en Honduras y los malos frutos de estas políticas que es la violencia generalizada, políticas y gobiernos corruptos, cómplices con los narcotraficantes y las maras.

Mientras tanto, cada día un inmigrante muere en el desierto de Arizona, y más de 1,100 inmigrantes son deportados a Centroamérica. Cada día 34,000 inmigrantes son detenidos en Estados Unidos, muchos por fines de lucro en centros de detención privados, mientras esperan su deportación. Cada año, durante los últimos ocho años, bajo la administración, tanto de presidente Bush como del presidente Obama, 400,000 inmigrantes han sido deportados.

Movimientos de inmigrantes, como *El Ayuno para las Familias*, se han movido ayunando durante semanas frente al Capitolio en diciembre pasado y han presionado a los republicanos en el Congreso para hacer una reforma migratoria amplia. *La Red Nacional de Jornaleros*, junto con comunidades religiosas, hicieron protestas a nivel nacional llamando al presidente Obama a parar las deportaciones que estaban dividiendo las familias inmigrantes. El *Movimiento de Reforma Migratoria Justa* convocó a Afroamericanos –veteranos de la marcha de niños durante la campaña de derechos civiles hace 50 años en Birmingham, Alabama– y se reunieron con los niños inmigrantes de hoy para llevar su mensaje a la Casa Blanca, donde fueron detenidos en una acción de desobediencia civil, llamando a la conciencia de la nación a comprometerse más.

Nuestro sistema migratorio está roto, y muchos tienen la culpa. El Congreso no ha actuado, tampoco, el presidente Obama. Su estrategia de cerrar la frontera para después hacer una reforma migratoria no ha resultado en un camino a la ciudadanía para 11 millones de inmigrantes indocumentados en el país. Ahora, el presidente Obama, propone enviar más dinero para militarizar la frontera y acelerar la acción administrativa para después procesar y deportar a los niños.

Nuestro mensaje como cristianos tiene que ser inequívoco: ¡no deporten a los niños! Protéjanlos, ofrézcanles el estado de protección provisional o de refugiados, y protejan a sus familias. Dirijan su atención a las raíces de la crisis en Centroamérica y a las políticas migratorias fracasadas. No echen la culpa a los niños. Presionen al Congreso para hacer una reforma migratoria amplia. Tomen acción administrativa a fin de parar las deportaciones hasta que actúe el Congreso. Pero, ¡no deporten a los niños!

Hace 35 años, el Obispo mártir de El Salvador, Oscar Romero, en medio de una sangrienta guerra civil, nos hizo recordar que aquí está en juego algo más que la política:

“Nada hay tan importante para la Iglesia como la vida humana, como la persona humana. Sobre todo la persona de los pobres y oprimidos, que –además de ser humanos– son también seres divinos, por cuanto de ellos dijo Jesús que todo lo que con ellos se hace Él lo recibe como hecho a Él. Y esa sangre, la sangre, la muerte, están más allá de toda política. Tocan el corazón mismo de Dios” – Mons. Romero (16 de marzo, 1980)

Denuncia de Noam Chomsky a Estados Unidos

www.jornada.unam.mx

En los lugares más cercanos es más difícil cerrar los ojos a las consecuencias del terrorismo de Estado de Washington. Hoy reina la preocupación sobre el éxodo de niños que huyen a Estados Unidos desde Centroamérica. El Washington Post informa que el incremento de estos migrantes procede en su mayor parte de Guatemala, El Salvador y Honduras, pero no de Nicaragua. ¿Por qué? ¿podría ser que cuando el mazo de Washington aporreaba la región, en la década de 1980, Nicaragua era el único país que contaba con un ejército para defender a la población de los terroristas dirigidos por Estados Unidos, mientras en los otros tres países los terroristas que devastaban a la población eran los ejércitos entrenados y equipados por Washington?

El presidente Obama ha propuesto una respuesta humanitaria a la trágica migración: una deportación más efectiva. ¿A alguien se le ocurren alternativas?